

EL TIPOGRAFO

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA MONTEVIDEANA

Montevideo, Marzo 29 de 1893

PERIÓDICO QUINCENAL

Año XI — Número 221

ADMINISTRACIÓN: FLORIDA 209 (altos)

EL TIPOGRAFO

Sociedad Tipográfica Montevideana.

Montevideo, Marzo 16 de 1893.

Señora Luisa R. de Magariños Cervantes.

Distinguida señora:

La Sociedad Tipográfica Montevideana, cumple con el penoso deber de dar á usted y á sus hijos el más sentido pésame por el fallecimiento de nuestro consocio el digno é ilustrado ciudadano doctor don Alejandro Magariños Cervantes.

Era este eminente hombre público socio honorario de nuestra Sociedad, contribuyendo desde ha mucho tiempo á su sostenimiento y prestigiándola con el honor que le hacía al figurar en las listas sociales.

La Sociedad Tipográfica participa, pues, no solamente del sentimiento general por la pérdida que la patria y las letras han experimentado, sino que particularmente le afecta dolorosamente por el irreparable vacío que deja en su seno.

Sirva á usted y á sus apreciables hijos de consuelo en su justa aflicción, el camino de virtudes y de saber recorrido por el doctor Magariños Cervantes, y que sus triunfos y sus méritos llevó al pie de su tumba á sus admiradores para tejerle la corona inmarcesible de la justicia póstuma.

Saludo á usted y á sus hijos con las seguridades de mi más respetuosa consideración.

JOSÉ LÓPEZ VILLAR,
Presidente.

SANTIAGO PONTI,
Secretario.

Montevideo, Marzo 20 de 1893.

Señor presidente de la Sociedad Tipográfica Montevideana.

Señor.

He tenido el honor de recibir la comunicación que á nombre de la Sociedad que usted tan dignamente preside, se ha servido enviarme con motivo de la muerte de mi esposo el doctor don Alejandro Magariños Cervantes.

Recuerda usted en su nota que fué el extinto socio honorario y protector de esa institución, — título con que él se honraba por la estimación y cariño que le profesaba al gremio tipográfico, que según su habitual expresión, era su más viejo amigo y el mejor soldado del progreso.

Es, pues, la nota que contesto, una de las más invalorable de las recibidas por

mi familia, y en su nombre, como en el mío propio, cumplo con el deber de agradecer profundamente tan sentida manifestación de duelo.

Saluda al señor presidente con su mayor consideración.

LUISA R. DE MAGARIÑOS CERVANTES.

El doctor Magariños Cervantes

La Sociedad Tipográfica Montevideana está de duelo. Acaba de bajar á la tumba su socio protector, el bardo don Alejandro Magariños Cervantes! Pero no ha muerto Magariños Cervantes, no; lo que ha muerto ha sido la materia, cumpliendo una de las leyes inexorables de la naturaleza, mientras que su espíritu se remontó á regiones ignoradas para reunirse con los elejidos. Su nombre quedó grabado con letras doradas en la historia de la nación uruguaya.

Magariños Cervantes es llorado por todos los orientales de corazón, por los que aman á este pedazo de tierra que ha dado á luz tantas inteligencias y tantos héroes, y la que hoy se ve gobernada por un conjunto de vulgaridades relumbrosas que no sienten palpitar en sus pechos, como sintió el llorado vate, el sagrado amor á la patria.

Cuánto ejemplo de patriotismo y abnegación nos ha dado el cantor de nuestras alegrías y tristezas patrias!

El reía cuando el pueblo reía, y lloraba cuando el pueblo lloraba!

Todas sus producciones están llenas de esas frases tristes ó entusiastas, según las impresiones que su espíritu recibiera.

La República acaba de perder en don Alejandro Magariños Cervantes una gloria nacional, y la Sociedad Tipográfica Montevideana al decano de sus asociados, ejemplo de abnegación y consecuencia.

Ningún tipógrafo ha tenido tanto amor desinteresado á la Sociedad ni ha sido tan consecuente como el noble extinto, quien ha cumplido con sus deberes sociales hasta el día de su muerte.

Los tipógrafos que tanto blasonan de amor social y nada hacen, deben inspirarse en el ejemplo de un socio protector, que ha demostrado prácticamente más cariño á la corporación tipográfica que los mismos que profesan el arte, quienes se asocian por interés particular (cuando lo hacen) mientras que aquél no tuvo otro interés que el de ayudar á la clase tipográfica.

Es muy difícil llenar el vacío que en las letras uruguayas deja Magariños Cervantes, y sobre todo hoy, que la corrupción social se ha hecho extensiva en todas las esferas.

Los hombres de su temple y condiciones han desaparecido. Hay algunas inteligencias, sí, pero esas se utilizan para esparcir el mal, la ruina y los vicios en el pueblo que contempla impávido el escarnio nacional.

Si nos detenemos á estudiar las condiciones de los hombres que forman los centros políticos, no encontramos uno de la talla del que la pareca nos ha arrebatado; todos encaminan sus actos á un sólo ideal: el lucro particular sin reparar en los medios.

Lo mismo que sucede en política pasa en las corporaciones. La indolencia se ha hecho carne en las clases trabajadoras y especialmente en la tipográfica, puesto que se acuerdan de la Sociedad cuando precisan de ella, abandonándola hoy unos, mañana otros, y casi todos la miran con indiferencia, como si el adelanto de la corporación no importara el bien común.

Don Alejandro Magariños Cervantes es digno de imitarse como político, como literato y como socio.

Los políticos traficantes encontrarán en los actos del hombre que acaba de desaparecer del mundo de los vivos ejemplos de honradez desinteresada, y los asociados la perseverancia en el deber.

La Tipográfica Montevideana llora la irreparable pérdida que acaba de experimentar con la muerte de su más digno asociado!

Reciba la familia del inmortal bardo oriental, nuestros más sentidos pésames, mientras que nosotros como coasociados y ciudadanos, rogamos al Todopoderoso por el descanso eterno del que en este mundo supo cumplir con su deber!

Paz eterna en la tumba del eximio Alejandro Magariños Cervantes!

J. B. G.

Amargo tributo

I

* En torno de la lira rota del poeta eminente, cuyo espíritu, despojándose de la terrestre corteza que le envolvía, acaba de ascender y transfigurarse en el eter maravilloso del infinito, se escucha todavía el vago y quejumbroso rumor de un lamento y se apercibe, á la vez, el hondo y lastimero ¡ay! de un continuado suspiro.

Es el alma de la patria que aun llora! Es el corazón de la madre que, transido de dolor y desgarrado en lo más hondo, casi fibra por fibra, se debate en angustiosa lucha, en lucha homérica y tenaz, por la irreparable pérdida del hombre... por la irreparable pérdida del poeta que tan admirablemente con ese corazón se

ha identificado y de tal modo había, además, conseguido ese lugar tan ansiado de hijo predilecto de la madre que aun le llora.

El doctor don Alejandro Magariños Cervantes, tal vez no constituyese una personalidad de hoy. Sus versos, melancólicos y tristes unos, alegres y amenos otros, y primorosos, magníficos y arrebatadores todos, dejan casi notar, á través de tanta inspiración y de tanto alado genio, que algo apocalíptico vislumbraba la mente visionaria del poeta que sobrevivió á su siglo, y no quería él mismo, no, hundirse y perderse para siempre en las misteriosas edades del pasado, sin presenciar antes ese apocalíptico cambio insinuado, y ser testigo, aunque de extraña ocasión, del planteamiento de las bases de una nueva sociedad que, siguiendo el orden de una perfectibilidad que nos es dable, le adivinase y entendiéndose mejor que esta corrompida y decrepita, en medio de la cual, él, ángel caído de los sidéreos espacios, ha pasado siempre con indiferente gesto, sin que nunca sus seráficas alas hayan rozado el asqueroso fango que se agita y revuelve en su pútrido seno. Sí; el doctor Magariños Cervantes, era la viva encarnación de una época literaria que más y mejor se ha penetrado con el carácter y la índole del tiempo en que floreció. Espíritu circundado de la radiante aureola de la fe pura, razón jamás embargada por la duda terrible é iluminada siempre por los resplandores del rayo de una verdad que le trazaba á su paso innumerables sendas de flores, para otros desconocidas, alma bañada constantemente en los fulgores de la etérea luz que, en ascensiones infinitas, se elevaba, como la del estoico, á la región sublime de una fantasía exaltada, en donde el poeta, como las Musas de la fuente Castalia, bebía á la continua su inspiración purísima y ardiente, sin ultrapasarse ni aproximarse empero, á los estrechos límites de un misticismo arrobador y estático, que, como Prometeo en la terrible roca, aprisionase su mente dentro de los oscuros y vagos dominios de una idea fija, lo cual equivalía exactamente á cortar casi por completo su genial y anchuroso vuelo, mostrándolo así al *criticismo* que lo juzgase con todas las tendencias de un pobre monomaniaco, el doctor Magariños Cervantes era toda una figura gigantesca, ó algo así como un coloso admirable que, colocado entre el ayer y el hoy de la poesía, unía en su mente estas dos edades, tan diametralmente opuestas en la conciencia y en la historia y aportaba, por consiguiente, como bálsamo consolador y bendito, que suavizaba las asperezas de la duda en el alma del que se mostraba creyente, las tiernas y espirituales ansiedades y aquel tan dulce sentimiento poético del pasado á las desgarradoras y fatales luchas del presente.

Luchas tremebundas y homicidas estas, á que irresponsablemente ha arrastrado á la decadente generación actual, despedazando las fuerzas vivas y matando la propia concepción individual, una filosofía desordenada, áspera, embrolla-

da, huérfana de todo preciso y concreto sistema, casi, casi demente que, revisitando á la humanidad de hoy de la tétrica sombra del infortunado Hamlet, la hace correr desalada y loca tras su incognoscible y enigmático destino, para sorprenderlo, para adivinarlo y gritar después, ebria de triste entusiasmo: *eureka, eureka. Te dominé, te vencí; ya no soy más esclavo; he roto las cadenas del mortal. Soy, pues, un todo Hombre, un todo divino.* Y esta filosofía tan enmarañada y tan dialécticamente extravagante y rancia, que parece arrollar sobre su cabeza á los cielos, no para, sin embargo, mientes en conducir á esa misma generación por entre los hielos perpetuos de un excepticismo atrevido y repugnante, diabólica amalgama de torpe ambición y miserable egoísmo, para intentar obtener, al fin, el visionario y sobrenatural hallazgo que tanto ansia, el cual sólo puede en rigor vislumbrar, á través de las quiméricas sombras de la noche eterna de su delirio. Quizás por esto, nuestro tan querido poeta nacional, quería tanto á la inexperta juventud que vió cariñoso crecer siendo él ya viejo.

Tal vez creyese el inspiradísimo bardo uruguayo que esta espléndida aurora social que, saturada de brillantes arbores, se dibuja ya en el horizonte sombrío de la historia de los actuales tiempos, condensase en sus movimientos de atracción y repulsión fuerza cósmica y virtual bastante para empujar hacia su verdadero centro de gravedad á una universal asociación de elementos híbridos y heterogéneos que, agenos á todo principio social y filosófico fijo y estable, están irremediablemente llamados á sucumbir y despeñarse, en día no lejano, por la pendiente de la horrible sima, siempre abierta de su propio y disparatado doctrinarismo. Pensamiento sublime, lógica hermosa y profunda.

Esa generación moderna, que nace á la vida de los grandes problemas que entrañan el perfecto equilibrio del planeta, levantando la mente al cielo de esplendentes y más luminosos ideales, quizá entienda al poeta y lo sorprenda allí en el laboratorio de sus pensamientos sublimes para identificarse después con él antes de que los tristes ecos de su angelical y melancólica lira se pierdan para siempre en el hondo vacío en que él mismo se agita, presa de presentimientos funestos y ávido, por otra parte, de algo perfecto y absoluto que echa de ver hoy por todos los ámbitos adonde su robusta imaginación alcanza.

D. L. MARTÍNEZ.

(Continuará).

Incultos y sin amor propio

(COLABORACIÓN)

Concibese que los esclavos caucásicos experimentaran relativamente poco sufrimiento moral en su conformidad al verse considerados como cosas y no como hombres, sin representación en el

consorcio civil, siendo tratados como animales, comprados y vendidos, encerrados de noche y arrojados á terrenos aislados si envejecían ó se inutilizaban.

Compréndese también que en la llamada Edad Media, el vasallo creyérase *feliz* en su condición social, comparándose con el esclavo que le anteciediera; porque apesar de que el cristianismo entonces ya llevaba bastantes siglos de prédica de que *todos los hombres* eran iguales, aquel vasallo generalmente no comprendía esas igualdades y sabía que sólo era hombre en cuanto lo permitiese el señor feudal y mientras no se apartara de los derechos del feudo, que por desgracia llegaban en ciertos casos hasta el hogar.

Pero no nos explicamos satisfactoriamente que el obrero de este siglo que se paga de demócrata é igualitario, y máxime el obrero tipógrafo henchido de pretensiones sobre las otras clases trabajadoras, que sabe criticar callandito los actos de los superiores en el trabajo y las interioridades de los compañeros ajenas al taller, que siempre murmura y se cree lastimado por nimiedades; no nos explicamos, decimos, que ese tipógrafo en conjunto posea la conformidad del antiguo esclavo y la *felicidad* del vasallo feudal, apesar de su prurito de civilización y sus humos de hombre independiente, de cuyos humos desgraciadamente sólo da pruebas en las franquichelas.

Parecerá duro, pero es lo cierto. Los tipógrafos no demostramos pertenecer á la actual sociedad, ni por nuestra cultura ni por las prácticas colectivas.

Celébrase un centenario como el de Colón, para el que todos los gremios se congregan y dan señales de existencia, y los tipógrafos sólo nos agitamos para suplicar tres días de asueto, que no los empleamos en formar parte de la manifestación con que Montevideo honró al audaz nauta, sino talvez, y aun sin talvez, para embadurnarnos con campeche.

Muere un hombre como Magariños Cervantes que siempre abrió su bolsa para ayudar á sostener las sociedades tipográficas y el cual últimamente fué el único que en el Senado levantó su voz para que se protegiera á la tipografía, pintando con frase realista, apesar de su genio poético, las veladas y bárbaras vigiliias que se nos imponen en la labor; y sin embargo, fuimos tan ingratos que no supimos agruparnos para manifestar nuestra condolencia por su muerte, ni en el entierro ni por escrito, haciéndolo uno que otro individualmente!

Y el vate muerto no merecía algún recuerdo postrero de simpatía, porque hasta en sus exigencias con el cajista, que algunos tenían por majaderías, tendía á nuestro bien, desde que exigía pulcritud en el trabajo, cosa que sólo pueden condenar los deschavetados.

Como estos casos se dieron y darán otros, para probarnos lo incultos que somos al no poder agruparnos formando parte de una sociedad con cualquier nombre que fuera, con objeto de demostrar en las ocasiones que representamos una fuerza social.

Luego esta asociación que conseguí-

ría acreditarlos como hombres, nos serviría de valla para las exigencias ridículas de los que nos contratan, no produciéndose entonces casos que testificamos, de verse rebajados los tipógrafos (lo que merecemos por falta de amor propio) peor que y por los mismos peones que en otras circunstancias solemos absurdamente despreciar.

Esto es culpa de la mayoría de los compañeros — dirán algunos — que se nos imponen con chacotas insulsas y no sueltan prenda ni acuden á reuniones en que se pretenda tratar algo formal, sufriendo nosotros de rebote los desprecios que se dirigen al montón.

Muy bien hablado, añadiremos, pero esos que se tienen por bien inspirados y que se consideran los escogidos del gremio, convendrán que así como no tienen inconveniente en fraternizar en las *petites* bacanales con la mayoría, debieran en cambio dar el ejemplo de la unión y atraer al resto de los compañeros por medios persuasivos y hasta enrostrando ciertas debilidades y faltas de amor propio, que son las que dan asidero á patrones y encargados para tratarnos como cosas y no como hombres dignos de respeto.

Es, pues, inútil nos achaquemos mutuamente la culpabilidad. Si unos y otros no podemos sustraernos de la atmósfera tan viciada que nos rodea, hasta el extremo de que arguemos pesadamente cualquier centésimo para alimento del espíritu, mientras los tiramos gustosos para saciar los apetitos del instinto, justo que paguemos las consecuencias al ser despreciados como clase y achacárenos poca cultura y falta de amor propio.

VERÍDICO.

CRÓNICA

Buscando parásitos — Cuando nuestros políticos trataron de hacer economías, pretendióse suprimir el lujo de ministros y legaciones en Europa, llegando la prensa y algunos parlamentarios á calificar de parásitos á los que con su persona demuestran en el extranjero que la República Oriental existe.

El doctor Nin envió una carta á la prensa montevidéana, defendiendo su *oficio* diplomático, y entre los muchos descargos figura la siguiente andanada que nos roza:

«Á la vez, voy derechamente y una por todas á mostrar al ilustrado director de *El Siglo*, que el calificativo de parásitos con que nos ha querido favorecer por repetidas ocasiones, es una injuria indigna de su talento, y tan sin base como la de los fastuosos sueldos á que ustedes han hecho referencia.

Para ello me bastaría emplear el argumento del *tu quoque* y sólo por vía de tal y sin el más mínimo deseo de inferir ni que se tome por ofensa.

El redactor de *El Siglo* no es parásito y no se dejaría llamar tal por la administración del diario que le paga un honorario ó sueldo regular por los artículos que escribe por vía de solaz y amor á la fama, en una ó dos horas perdidas,

mientras el pobre cajista está las horas muertas delante del burro, parando tipos para ganar un jornal.

El doctor Martínez ni ustedes, no son parásitos ni se dejarían llamar tales, porque además de sus sueldos como representantes ó redactores de diarios, tienen sus estudios ó consultorios que les producen fastuosísimos rendimientos».

Estas verdades que en términos doctoriles sienta el señor Nin, en nuestro estilo pedestre las hemos explicado muchas veces; pero tales explicaciones resultan delirios de ilusos, porque los tipógrafos no podemos emplear el *tu quoque*, desde que si algún desgraciado se queja de las *plumadas* de la gente de fuste, suele aparecer quien traduzca la frase de César y diga iracundo: «*Tú también, ignorante cajista, me atacas, cuando todos vosotros sois hijos y siervos del escritor?*»

Pero dejémosnos de lirismos y vamos al caso. De la carta del doctor Nin se puede conjeturar que los parásitos vienen á resultar los obreros como el *cajista que está las horas muertas delante del burro*, por no saber ganar más que un sueldo ni prosperar, y no son parásitos los diplomáticos, periodistas y demás *gente distinguida*, como empalagosamente escriben los noticieros venales.

Muchos Nines ó *nenes* de ese valor hacen falta en la sociedad para oír buenas cosas, y muy maquiavélico debió ser el primero que ideó hacer reñir las comadres, para oír verdades.

Fatiga tras fatiga — El compañero don Antonio Gámbaro, encargado de la noche en *El Siglo*, sufrió el sinsabor de perder un ángel del hogar encarnado en una niña de seis años, muerta el 21 de Febrero.

Sólo los que palpamos las desesperaciones del taller, podemos valorar el quebranto que representa para el obrero la pérdida de esos pedazos de nuestras entrañas que con sus inocencias nos alientan en la terrible lucha por la existencia, y tan terrible en la presente época! . . .

Después de carga, palos — Ciertos tribunales alemanes han descubierto la piedra filosofal, pues pretenden que además de los redactores y editores, son responsables los cajistas por los artículos injuriosos que compongan. . .

En un proceso por difamación contra el *Siegener Volksblatt*, el procurador demandó y obtuvo la inculpación de un cajista que casualmente él sólo compuso el artículo incriminado, por no haber advertido las frases inconvenientes que componía!

Esto raya en lo ultra-germano.

Beneficio — El próximo 2 de Abril tendrá lugar, en el Casino Familiar, una variada y espléndida función dramática á beneficio de nuestro compañero y particular amigo don Enrique Terrada.

Excusado nos parece recomendar la asistencia á dicha función de beneficio, pues los méritos contraídos en el gremio por nuestro amigo, que siempre lo ha hallado dispuesto al sacrificio, poniendo

además á su servicio su no escasa inteligencia, lo hacen digno y merecedor de demostrarle que no hemos olvidado sus combates desinteresados en pro de la buena causa.

El compañero Terrada ha permanecido fiel, — tanto en la prosperidad como en la desgracia, — á los principios que ha defendido con la palabra y con la pluma, y justo creemos recomendar demostramos en esta ocasión — no como protección sino como justicia — que no nos olvidamos de los buenos adalides.

El Bien — Este diario de la mañana, que veía la luz por la imprenta *La Obrera Nacional*, ha empezado á imprimirse desde el 16 del actual por la imprenta Rural.

De potencia á potencia — Telegramas recientes manifiestan el resultado de las grandes huelgas de algodoneros de Inglaterra.

Sabido es que una gran crisis de la industria indujo á los propietarios de fábricas á rebajar de cinco á diez por ciento en los sueldos.

Resistieron los obreros, y la lucha concluyó con la transacción de que las rebajas fueran sólo de un tres por ciento, y no lo que pretendían los patrones.

Así somos los tipógrafos montevidéanos! . . .

La imprenta y las oficinas públicas — No queremos hablar de leyes escritas, porque dado que todas ellas fueran muy justicieras, lo que es dudoso, en su aplicación siempre hay medios de tergiversarlas.

La última ley de protección á las industrias impresoras, habla por nosotros en general, y en particular las oficinas públicas con licitaciones como la de que entera este aviso con fecha 23 de Marzo:

«DIRECCIÓN DE IMPUESTOS DIRECTOS — Esta Dirección llama á propuestas para la impresión litográfica de *cientos ochenta y cinco mil* permisos generales de Aduana, originales; *trescientas mil* copias para los mismos; *veintiún mil* actas del Registro de Estado Civil; *un mil setecientos* manifiestos de entrada; *ochocientos* manifiestos de salida; *cinco mil* patentes de cabotaje y *cinco mil* patentes de sanidad para el ejercicio económico de 1893-1894 . . .»

La mitad y tres cuartos de otro tanto son trabajos exclusivos de la tipografía, concediendo las patentes como especiales para litografía.

Sin embargo, este llamado á propuestas nos recuerda otros muchos que no sabemos si se basan en las leyes escritas ó en las que se van á escribir.

Nota bene — Un telegrama de Cochinchina comunica que para los tipógrafos de aquellas regiones asiáticas esto es música celestial, como para los cajistas montevidéanos es música del *Falstaff*, cuyo protagonista dicen es más amigo del mosto y de mujeres que de cumplir sus deberes; aunque advertimos ahora que nada tienen que ver los tipógrafos con las mujeres ni con el mosto ni con *Falstaff*, como tampoco lo tiene la impresión litográfica con permisos generales de

Aduana, copias para los mismos, actas del Registro del Estado Civil, manifiestos de entrada, ídem de salida y otros teneres que harían *notable* esta nota con su enumeración.

La Patria Española.—Desde el próximo 1.º de Abril empezará á publicarse por la Imprenta Rural este diario de la tarde.

La redacción está compuesta por los señores don Juan Torrendell, director; don Faustino S Laso, redactor en jefe, y don Antonio Grijalvo, redactor.

Su administrador y copropietario es don Federico Andrau.

Nuestro compañero don Enrique Terrada es el corrector, y creemos que también *dragoneará* de cronista ó repórter.

El personal de tipógrafos que lo confecciona se compone de once oficiales, incluso su regente que lo es don M. de la Fuente.

El mismo personal hace la composición de la obra que *La Patria Española* regala á sus suscriptores y que se titula «Historia de la Insurrección de Cuba».

La imprenta Rural ha arrendado los materiales para la composición é impresión, estando á cargo exclusivo de la empresa de ese diario el pago del personal de cajistas, la fijación de sueldos y demás asuntos administrativos.

Suscripción á «El Tipógrafo».—En el número próximo publicaremos las listas completas de la suscripción á este periódico, pues á última hora hemos recibido solamente las correspondientes á *El Siglo*, *El Bien* y la Rural, no publicándolas por esta causa y por esperar las de otras imprentas.

Suplicamos, pues, á los señores encargados de levantar dicha suscripción, se sirvan remitirlas brevemente á esta administración.

Para salir de apuros.—Conforme hay artistas delicados que nunca se atropellan y buscan siempre el ideal en sus obras, se ven también de manga ancha que en su ligereza desprecian buen espaciado, paridad de titulares, regularidad de blancos y exactitud en la copia.

Á estos últimos vamos á presentarles un modelo que suponemos nunca se conoció en Montevideo, por la manera con que se resolvió la falta de letras en los cajetines.

Copiamos de un colega extranjero:

HABILIDAD RARA.—Dice un periódico *surtido* de un pueblo chico de Suiza:

«Los lictorxs txndrán qux xxcusarnos si xstx númrxo aparxex xxcpcionalmxtx compuxsto; puxs no vxmos otro modo dx rxsolvxr.

Hx aquí xl caso:

Mathixu, xl más rxdomado dx nuxstros compositorxs, sx fux ayxr para su país, llxvándox, sin qux xpamos con qux objxto, un paquxtx xn qux sx habían sxparado las lxttras qux nos faltan.

Pxdimos milxs dx xxcusas á los lictorxs.»

Advertimos que era el primer número de ese periódico que tan bien se estrenaba con su fuga de vocales.

Dulces cadenas.—El buen cofrade don Jacinto Domenech, cajista de *El Siglo*, ha resuelto sacrificar su autonomía individual en aras de la vida conyugal; y al efecto, tiene proyectado casarse en Abril. Nosotros, ya que otra cosa no podemos hacer, formulamos votos para que al perder su independencia de soltero, no le abandone el buen humor que siempre le hizo llevadera la vida de tipógrafo.

Consecuencias de los malos encargados.—Sin comentarios, porque el asunto es escabroso, vamos á dar detalles del asesinato de un tipógrafo por otro compañero que agrediera al dueño de una imprenta en el Rosario de Santa Fe.

Habla el mismo diario *La Capital*:

HECHO SANGRIENTO.—Notábase con disgusto por parte de todos, que los trabajos en nuestra imprenta se prolongaban hasta horas bastante avanzadas de la mañana, y en el deseo de evitarlo dando á los tipógrafos el mayor descanso posible (?), tratóse de tomar una resolución al efecto.

Como en justicia no podía medirse por un mismo rasero á todos, *los encargados del trabajo lanzaron la idea de contar por la noche los componedores* (1) de cada uno de los tipógrafos, cosa que no fué muy del agrado de algunos, que dejaron el trabajo saliendo á la calle.

Bajaba en esto de su habitación el director de nuestro diario, doctor Ovidio Lagos, que como es consiguiente trató de contener á uno de los operarios inquiriendo la causa de la deserción.

Para ello se dirigió al verle salir á Juan Gilabert Escofet, individuo catalán, recordándole el compromiso que con la casa tenía adquirido y lo poco correcto que era abandonar el trabajo cuando no se contaba con elementos inmediatos para continuarlo.

Con malas razones contestó el citado individuo á las observaciones de nuestro director, llegando hasta sacar de entre el cinto un grueso rebenque de fierro. Entónces el doctor Lagos retiróse corriendo para una de las oficinas, diciendo: ¡Ahora verás!

Vista semejante demostración por varios tipógrafos que seguían tranquilos su trabajo, se lanzaron dos sobre aquél, sujetándole é impidiéndole por consiguiente hacer uso del arma, en tanto que el doctor Lagos se retiraba.

Un momento de descuido por parte de los que sujetaban á Gilabert bastó á éste para sacar una pistola y disparar sobre el doctor Lagos, que caminaba precipitadamente por el fondo del salón.

Desgraciadamente, la bala no se perdió, pues fué á dar en el cuerpo del infortunado Jesús Alba, que trabajaba tranquilamente ante su caja, derribándolo por tierra.

Jesús Alba será, ya que no se puede hacer por él otra cosa, enterrado con la mayor decencia posible, pagándose todos los gastos que se ocasionen por el doctor Lagos, aunque el finado pertenecía á la Sociedad Tipográfica Rosarina, que por su parte se ha ofrecido á hacer cuanto fuere necesario.

Gato por liebre.—Hartos estamos los tipógrafos de reirnos de la farsa que se comete al hablar del *apostolado de la prensa*, pues en el fondo ese apostolado es como el de los demás mortales: ganarse los porotos necesarios al cuerpo escribiendo bien ó mal, de lo que el público está demasiado enterado.

Pero lo que los lectores de esa prensa en su mayoría no notarán es el continuo mentir de las hojas parleras, para encubrir malos escritores ó necesidades pecuniarias.

Como ejemplo citaremos un diario novel que hace pocos días hablaba así:

«ERRORES DE CAJA.—Á causa de la premura con que fué confeccionado nuestro número de ayer, se deslizaron en él algunos errores de caja, que aunque suponemos haya salvado el buen criterio del lector debemos nosotros también salvar pidiendo por ello nos disculpen.

He aquí el más garrafal: en la columna 6.ª de la 1.ª página, discurso del joven Aladio, el 3.º verso de las estrofas de Bermúdez se publicó en esta forma:

«Los que doblan su sien á la desgracia»

Debiendo decir:

«Que no doblan, etc.»

Además el título de doctor aplicado al distinguido patricio y ciudadano don Lino Piedra Cueva, la falta de puntuación y acentos en algunos de los discursos y algunos otros que por su nimiedad no citamos, nos inducen á publicar este suelto, que creemos de nuestro deber dar como una explicación á nuestros colaboradores, á quienes han hecho cargar con incorrecciones indebidamente nuestros *atolondrados cajistas*.

En el discurso del joven Ponce de León, por ejemplo, en su tercer párrafo, línea 8.ª, donde dice «*tan gran satisfacción*» debe decir «*tan triste y penosísimo deber*, etc.»

Si los que en una misma línea meten dos *algunos* y en dieciocho palabras colocan tres *nuestro* no faltaran al octavo de los mandamientos con que Moisés engatusó á sus paisanos en el Sinaí, la copiada rectificación estaría concebida en esta forma: «Como no queremos ó no podemos gastar mucho, este periódico es confeccionado por tipógrafos de un año ó dos de oficio, faltándonos al mismo tiempo dinero para pagar corrector que nos advierta cuando se nos va la pluma á las nubes, y por eso el buen criterio del lector, etc., etc.»

Admitimos que los tipógrafos compongan «Los que doblan» por «Que no doblan», alterando puntuación y acentos, suprimiendo palabras ú otras cosas parecidas; pero que los *atolondrados cajistas*, según dicen los más que *atolondrados* escritorillos, planten «tan gran satisfacción» por «tan triste y penosísimo deber», que se lo cuenten... al buen criterio del lector, que esas y otras peores mentiras se le suministran á diario.

La Tribuna Nacional.—Se anuncia la reaparición, por la imprenta Central, de este diario de la tarde.

Nos alegraríamos de que resultase cierta la noticia y de que su vida sea más larga de lo que fué en su 1.ª época.